

## ¿“Hombres de verdad”? Estereotipo masculino, relaciones entre los géneros y ciudadanía

Fernando FERNÁNDEZ-LLEBREZ

### RESUMEN

En este trabajo se analiza cómo el desarrollo de los *men's studies* ha supuesto una aproximación a la cuestión de los géneros con la intención de problematizar y pluralizar la construcción de la identidad masculina hegemónica; identidad(es) que se encuentra por detrás de ciertas consideraciones y comportamientos sexistas, entre los que se encuentra la violencia contra las mujeres. Ahondar críticamente en lo que se conoce como el *estereotipo moderno de la masculinidad* supone profundizar por ese camino, señalando como éste tiene efectos negativos hacia las mujeres, y hacia algunos hombres, pero también hacia los hombres que lo reproducen pues el *estereotipo* no sólo genera privilegios para éstos sino que también puede ser fuente de dolor para ellos mismos. Finalmente, se plantea que la tradición retórica de la política supone una manera satisfactoria de aproximarnos a esta problemática.

### PALABRAS CLAVE

Masculinidad(es); identidad(es); género(s); sexo(s); estereotipo(s); cambio(s); sexismo(s); tradición retórica de la política.

### ABSTRACT

This article analyzes the effects of the increase in *men's studies*, an approach to the question of gender that tends to undermine and pluralize the hegemonic version of masculine identity construction. This identity lies behind certain sexist ideas and behavior patterns, including violence against women. In order to explore this issue it is necessary to carry out a critical analysis of what has been labeled as the *modern stereotype of masculinity*, pointing out its negative effects on women and even on

some men. It also negatively influences the men that reproduce the model, since the *stereotype* can, while generating masculine privileges, also be a source of pain for men. Finally, we propose that the rhetorical tradition of politics constitutes a satisfactory approach to this issue.

#### KEY WORDS

Masculinity(ies); identity(ies); gender(s); sex(es); stereotype(s); change(s); sexism(s); rhetorical tradition of politics.

#### LA EMERGENCIA DE LOS MEN'S STUDIES

El movimiento feminista que se desarrolló a partir de los años sesenta en las sociedades occidentales dio lugar a una explosión de estudios sobre las mujeres, los *women's studies*, que constituyeron un “importante territorio de empeño intelectual en sí mismo”<sup>1</sup> e influyeron sobre muchas disciplinas académicas, sobre todo en el campo de las ciencias sociales y las humanidades.

Al calor del desarrollo de los *women's studies* ha surgido, desde hace unos quince años en la academia norteamericana y más tarde en la europea, una modalidad de estudios que se conocen bajo el epígrafe de los *men's studies* y de los que son sólo un ejemplo las obras de autores como HARRY BROD, LYNNE SEGAL, MICHAEL KIMMEL o ROBERT CONNELL<sup>2</sup>.

Como ocurrió en los *women's studies*, aunque centrado ahora en la masculinidad, los *men's studies* “buscan transformar nuestra comprensión de la masculinidad y hacerlo en una forma que sea más o menos respetable desde el punto de vista académico pero sin renunciar al compromiso político”<sup>3</sup> de carácter anti-

<sup>1</sup> J. WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, en J. COPLANS y otros, *Héroes caídos. Masculinidad y representación*, Espai D'Art Contemporani de Castelló, Valencia, 2002, p. 149.

<sup>2</sup> Entre otras, algunas de estas primeras obras son: H. BROD, *The making of masculinities. The new men's studies*, Allen and Unwin, Boston, 1987; L. SEGAL, *Slow motion. Changing Masculinities. Changing Men*, Rutgers University Press, New Brunswick, N.J., 1990; M. S. Kimmel (ed.), *Changing Men. New Directions in Research on Men and Masculinity*, Sage Publications, Newbury Park, 1987; R. CONNELL, *Gender and Power*, Stanford U.P., Stanford, 1987.

<sup>3</sup> WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, p. 149.

sexista. En este sentido conviene destacar algunos ejemplos, aunque no sean los únicos, como la labor de MICHAEL KAUFMAN en Canadá, a través de la *Campaña de Lazo Blanco*<sup>4</sup>, de MICHAEL FLOOD en Australia con la *Revista XY*<sup>5</sup>, la de MICHAEL KIMMEL, miembro de NOMAS<sup>6</sup>, o la de DANIEL WELZER-LANG, con su apoyo y creación de la Red Europea de Hombres Profeministas<sup>7</sup>.

De este modo, los *men's studies* han conformado un nuevo campo de investigación teórica y social que, integrados en diferentes departamentos universitarios, tienen como propósito “explorar nuevas visiones de la masculinidad partiendo de un nuevo modo de aproximarse a la lectura de los textos”<sup>8</sup>.

Rompiendo con el paradigma universalizador de que existe una única y verdadera forma de ser hombres, estas visiones son críticas con los valores masculinos que, mayoritariamente, los hombres occidentales encarnan, y muestran su apoyo a las reivindicaciones feministas de carácter igualitario. Ejemplo emblemático de ello es el apoyo que se da a las mujeres en su lucha contra la *violencia de género*<sup>9</sup>.

A partir de ahí se ha abierto un campo profundamente plural de aproximación a la cuestión de la masculinidad que está dejando valiosas investigaciones y abriendo nuevas perspectivas teóricas desde el punto de vista de la teoría de

<sup>4</sup> Algunos textos de MICHAEL KAUFMAN son: M. KAUFMAN (ed.), *Beyond patriarchy*, Oxford University Press, Toronto & New York, 1987; M. KAUFMAN y G. HOROWITZ, *Hombres: placer, poder y cambio*, editorial CIPAF, República Dominicana, 1989; H. BROD y M. KAUFMAN, *Theorizing Masculinities*, Sage Publications, California, 1994. La *Campaña del Lazo Blanco* es una iniciativa de hombres que nació en 1991 en Canadá con la intención de mostrar su repulsa pública a la violencia masculina contra las mujeres y que, más tarde, se ha extendido internacionalmente.

<sup>5</sup> Revista *XY: Men, Masculinities and Gender Politics*. Su web es: [www.xyonline.net](http://www.xyonline.net)

<sup>6</sup> NOMAS (Organización Nacional de Hombres contra el Sexismo) es una asociación norteamericana de mucha tradición dentro de los planteamientos profeministas.

<sup>7</sup> La página web de dicha red es [www.europrofem.org](http://www.europrofem.org), que contiene una extensa bibliografía que se puede consultar.

<sup>8</sup> A. CARABÍ, “Construyendo nuevas masculinidades: una introducción”, en M. SEGARRA y A. CARABÍ (eds.), *Nuevas masculinidades*, Icaria, Barcelona, 2000, p. 25.

<sup>9</sup> Este planteamiento profeminista del que forman parte los autores citados, y en el que me incluyo, tiene una dimensión intelectual (estudiando, por ejemplo, la relación que se establece entre masculinidad y *violencia de género*) y social (formando grupos de autoconciencia de hombres profeministas plataformas contra la *violencia sexista*). No obstante, esta corriente de hombres profeministas no es la única que existe. También hay otros grupos de hombres no feministas como los “mitopóeticos”, ya sean claramente antifeministas o “afeministas”. Para un recorrido por esta pluralidad, véase M. KIMMEL (ed.), *The Politics of Manhood*, Temple University Press, Philadelphia, 1995 y L. BONINO, “Los varones frente al cambio de las mujeres”: *Lectora. Revista de Dones i Interculturalitat*, n.º 4 (1998).

los géneros y de su práctica<sup>10</sup>. Nosotros nos centraremos en definiciones normativas de la masculinidad, dejando para otro momento las *excepcionales*.

Que nuestro objeto vaya a ser el estereotipo masculino no significa que no sea preciso decir algo sobre otras categorías que lo circundan como son la de *hombre* —entiéndase varón<sup>11</sup>— y *masculinidad*. De hecho, los conceptos de *hombre*, *masculinidad* y *estereotipo masculino* están notoriamente conectados entre sí aunque, en sentido estricto, dichas categorías no remitan exactamente a lo mismo.

Cuando hablamos de *hombres*, así como de *mujeres*, es oportuno hacerlo en plural, pues expresamos una variedad que no cabe en un único patrón de comportamiento. Hombres y mujeres ha habido a lo largo de la humanidad y seguirá habiendo si no hay metamorfosis dentro de la especie humana. Así, cuando decimos que hay hombres y mujeres lo que estamos relatando es una *realidad plural* configurada a lo largo de la historia<sup>12</sup>: estamos diciendo que, más allá de su definición concreta, existen hombres y mujeres. Aunque también deberíamos decir que existen más categorías como, por ejemplo, la de transexuales masculinos y femeninos, travestidos, hermafroditas, bisexuales y asexuales. Por otra parte, si introdujéramos la variable de la opción sexual nos encontraríamos con vocablos como gays o lesbianas. En definitiva, toda una pluralidad que dibuja un panorama sumamente diverso que es oportuno no olvidar.

Al partir de esta pluralidad se aprecian diferentes modelos culturales que han ido definiendo y definen lo que *es y debe ser un hombre*. Estos modelos son los que va a conceptualizar el significado de *lo masculino* y de los *hombres*, generando marcos de interpretación social en nuestras sociedades. Tan es así que, parafraseando a SIMONE DE BEAUVOIR, se puede decir que tal y como ella señaló respecto de las mujeres en su conocida frase “la mujer no nace, sino que se hace”<sup>13</sup>, se puede decir que los hombres también se hacen.

Pero ¿qué significa *masculinidad/es*?

---

<sup>10</sup> No obstante, estas nuevas posibilidades no se encuentran sólo en los *men's studies*. También las encontramos en los trabajos feministas sobre transexualidad o lesbianismo, de los que son un ejemplo los textos de JUDITH BUTLER, DIANA FUSS y EVE K. SEDGWICK.

<sup>11</sup> En este artículo cuando use la expresión hombre(s) me estaré refiriendo siempre al género masculino, es decir, a los varones. Por el contrario, y para que no haya confusiones, cuando haga referencia al conjunto de los seres humanos utilizaré la expresión personas o, en su defecto, la propia de ser humano.

<sup>12</sup> En este sentido, me parece preciso señalar que *ni* todo hombre es un maltratador o un violador *ni* tampoco que todo hombre es un maltratador o un violador *en potencia*. La afirmación de que sí lo son es de un claro tono determinista y esencialista.

<sup>13</sup> S. DE BEAUVOIR, *El segundo sexo*, vol. 1, Cátedra, Madrid, 1999.

## LA DIFÍCIL DEFINICIÓN. MASCULINIDADES Y RELACIONES ENTRE LOS GÉNEROS.

Tal y como recoge la literatura sobre los *men's studies* parece haber pocas dudas respecto al carácter social de la masculinidad. Como LYNNE SEGAL nos recordara en 1990, resulta ineludible el apego de la masculinidad a la contingencia histórica así como su entidad de *constructo cultural*<sup>14</sup>. El término masculinidad es en sí mismo un término en discordia, pues su historicidad resulta definida de formas diferentes por distintos actores y según la época histórica<sup>15</sup>. Es esta contingencia la que explica nuestras dudas hoy sobre el significado de lo que es la masculinidad. Es comprensible que “si no son los rasgos físicos los que fundan lo masculino, y tampoco los psíquicos *espontáneos* derivados de aquellos, y resultan ser por tanto sociales”<sup>16</sup>, haya entonces temores y vacilaciones sobre la fortaleza y vigencia de la masculinidad en nuestras sociedades.

No obstante que partamos de un *constructivismo fundacional*<sup>17</sup> a la hora de definir lo masculino, no significa que no haya disputas dentro de dicha conceptualización teórica. Ejemplos de esa controversia son algunas de las polémicas que se vienen dando en el campo del feminismo desde la década de los noventa del siglo pasado<sup>18</sup>.

Como indica certeramente JEFFREY WEEKS hay “algunas visiones contruccionistas [que] tienden a transmitir la impresión de que la sociedad imprime mecánicamente sus necesidades sobre la página en blanco de la naturaleza”<sup>19</sup>. No obstante, existen planteamientos constructivistas, como el de ROBERT CONNELL o el del propio WEEKS, que ofrecen análisis más sutiles sobre este punto. Así, CONNELL “pone el acento en la importancia del cuerpo, pero no en tanto que

<sup>14</sup> SEGAL, *Slow Motion*, *passim*.

<sup>15</sup> Y es que, pese a lo que en un momento determinado escribiera SIGMUND FREUD, la anatomía no es el destino. S. FREUD, *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Alianza, Madrid, 1987. No obstante, FREUD realmente no quiso dar ese sentido tan literal a sus palabras, pero es una frase que ya ha cobrado vida más allá de la propia intención del autor. De hecho, FREUD fue un “maestro” que se movió con un planteamiento ambivalente sobre este menester. FREUD es, al mismo tiempo, un *hombre* de la ilustración y un autor que va ayudar a que dicho modelo se desplome tal y como THOMAS LAQUEUR nos recuerda. T. LAQUEUR, *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Cátedra, Madrid, 1994, pp. 397 y ss.

<sup>16</sup> V. SAU, “De la facultad de ver al derecho de mirar”, en SEGARRA y CARABÍ, *Nuevas masculinidades*, p. 39.

<sup>17</sup> WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, p. 151 y ss.

<sup>18</sup> Para un recorrido histórico por el feminismo puede verse, entre otros, E. BELTRÁN y V. MAQUEIRA (eds.), *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*, Alianza, Madrid, 2001.

<sup>19</sup> WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, p. 153.

imperativo biológico ni considerándolo un paisaje yermo sobre el que lo social pueda imponer sus exigencias<sup>20</sup>, sino desarrollando lo que se conoce como la *nueva sociología del cuerpo*<sup>21</sup>. Perspectiva ésta para la que las masculinidades y las feminidades, aun siendo prácticas sociales y *no* verdades eternas, “se forman en la interacción entre lo biológico, lo social y lo psicológico”<sup>22</sup>, superando así, en el sentido del que ya nos hablara DONNA HARAWAY<sup>23</sup>, la falaz disyuntiva entre naturaleza y cultura.

Para aproximarnos a tanta diversidad conceptual podemos remitirnos a la definición aportada por DAVID GILMORE en su obra *Hacerse hombre*, en donde masculinidad es “la forma aceptada de ser un varón adulto en una sociedad concreta”<sup>24</sup>. Siendo ésta una definición bastante difundida, es preciso reconocer que cuando GILMORE habla de masculinidad está usando un vocablo que es válido para muchos y muy diversos contextos. Un término antropológico con el que compara las masculinidades que se dan entre los samburu, en Tailandia, en las islas de Truk o en otros lugares<sup>25</sup>.

Es cierto que en la historia de las civilizaciones nos encontramos con muchas definiciones premodernas, pero nuestra reflexión no pretende ser tan amplia, sino que tiene como punto de partida la conceptualización de la masculinidad a partir del siglo XVIII con el advenimiento de las sociedades modernas e industriales. Nuestra reflexión tendrá esa concreción histórica de carácter contemporáneo con objeto de abordar la cuestión de la masculinidad de forma narrativa al modo que SHELDON S. WOLIN entiende la teoría política, esto es, como una narración insertada dentro de una tradición de discurso<sup>26</sup>.

Para WEEKS “la narración se ha convertido en la metáfora central que ayuda a comprender nuestra búsqueda sin fin de la decodificación del sentido humano”<sup>27</sup>. Aunque, como el mismo WEEKS aclara, “huelga decir que las narraciones son algo más que eso: encarnan los residuos acumulados de múltiples historias,

<sup>20</sup> Ibidem.

<sup>21</sup> R. CONNELL, “El imperialismo y el cuerpo de los hombres”, en T. VALDÉS y J. OLAVARIA (eds.), *Masculinidades y equidad de género en América Latina*, FLACSO y UNFPA, Chile, 1998, pp. 78 y ss.

<sup>22</sup> WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, p. 153.

<sup>23</sup> DONNA HARAWAY, *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Cátedra, Madrid, 1991.

<sup>24</sup> D. GILMORE, *Hacerse Hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Paidós, Barcelona, 1994, p. 15.

<sup>25</sup> Ibidem.

<sup>26</sup> S. S. WOLIN, *Política y perspectiva*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974.

<sup>27</sup> WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, p. 143.

relaciones de poder, recursos y limitaciones materiales y, a pesar de reclamar para sí el peso de la verdad, revelan, en su multiplicidad, muchas verdades posibles”<sup>28</sup>.

En este sentido, el trabajo histórico sobre la masculinidad y el estereotipo masculino llevado a cabo por GEORGE MOSSE tal vez sea uno de los que mejor aborde esta cuestión. En su libro *La imagen del hombre*, MOSSE define la(s) masculinidad(es) como las distintas formas “en las que los hombres confirman lo que piensan que es su virilidad”<sup>29</sup>. Esta aproximación a la virilidad implica que cualquier masculinidad moderna conlleva el desarrollo de su anverso, es decir, la feminidad. De ahí que para CONNELL “la masculinidad existe sólo en contraste con la feminidad. Una cultura que no trata a las mujeres y hombres como portadores de tipos de carácter polarizados, por lo menos en principio, no tiene un concepto de masculinidad en el sentido de la cultura moderna europea/americana”<sup>30</sup>.

Aprender la masculinidad es analizarla como una categoría que habla de “un lugar en las relaciones de género (definido por su posicionamiento en relación con la conformación paralela de la feminidad)”<sup>31</sup>, con sus respectivas prácticas; y a la vez “de los efectos de dichas prácticas en las experiencias corporales, en la personalidad y en la cultura”<sup>32</sup>. Una complejidad que hará que las relaciones de género se terminen organizando en la intersección entre el poder, la emoción y la producción, dando lugar a una variedad de modelos de masculinidad(es)<sup>33</sup> que “coexisten e interactúan simultáneamente y que se configuran...en circunstancias históricas”<sup>34</sup>.

Este proceso supone, por si había dudas, la aclaración normativa e ideal de cierta identidad, la cual cuanto más clara sea, más fuerte se manifiesta. Por eso, lo que uno piensa que es como *hombre*, y su consiguiente reafirmación norma-

<sup>28</sup> Ibidem.

<sup>29</sup> GEORGE MOSSE, *La imagen del hombre*, p. 7.

<sup>30</sup> ROBERT CONNELL, “La organización social de la masculinidad”, en TERESA VALDÉS y JOSÉ OLAVARIA (eds.): *Masculinidad/es. Poder y Crisis*, Isis Internacional y FLACSO, Chile, 1997, p. 32.

<sup>31</sup> WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, p. 153.

<sup>32</sup> Ibidem. Dicho en palabras de CONNELL: “la masculinidad es, al mismo tiempo, la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, en la personalidad y en la cultura”. CONNELL, “La organización social de la masculinidad”, p. 35.

<sup>33</sup> Para la relación entre estas tres esferas y los diferentes modelos de masculinidad, puede verse: CONNELL, “La organización social de la masculinidad”, pp. 37 y ss.

<sup>34</sup> WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, p. 153.

tiva, implica cierta vinculación con alguna forma de definir lo que es la virilidad. Sin algún concepto de virilidad y sin la pretensión de volver a afirmar lo que se dice que uno es, no sería posible pensar la masculinidad moderna.

Por otro lado, esta “confirmación” implica un *proceso de diferenciación respecto de lo que no se es*<sup>35</sup>, de ahí que la masculinidad, para su propia justificación, requiera de la feminidad. En este sentido, a la masculinidad le ocurre como a cualquier identidad moderna: que se define de manera relacional.

Los rasgos concretos que van a definir cada modelo de masculinidad variarán en el tiempo y en el espacio. Ejemplos de esta variabilidad diacrónica y sincrónica la tenemos en la distancia existente entre el ideal masculino de carácter romántico y el del “macho ibérico”; o el desplegado por la música pop, la heavy o la distancia que hay entre otras tantas formas de definir las masculinidades<sup>36</sup>.

Por tanto, nos encontramos con un concepto que se caracteriza por su pluralidad. Una pluralidad que expresa que no hay una única forma de definir la masculinidad, siendo necesario hablar de masculinidades.

Si esto es así, estamos abocados a aceptar que la masculinidad es una construcción social definida por los contextos en los que se desarrolla. El conocimiento de las masculinidades está vinculado con los procesos históricos en los que éstas se despliegan. Lo ha hecho en el pasado y lo puede seguir haciendo en el futuro. No hay nada natural, ni social, que determine que los hombres ni las mujeres tengan que ser de una manera específica. Como señala VICENT MARQUÉS: “el hombre no está obligado biológicamente ni socialmente a ser de ninguna forma”<sup>37</sup>.

Pero dicho carácter cambiante no es incompatible con el mantenimiento de ciertas reglas comunes. Pautas que nos van a permitir hablar de la *masculinidad moderna como algo propio, específico y diferente* de la masculinidad anterior.

---

<sup>35</sup> Para el estudio de este proceso diferenciador puede acudir, pese a que considero que se le pueden objetar ciertos planteamientos que son demasiado estáticos, al texto de ELISABETH BADINTER, *XY: La identidad masculina*, Alianza, Madrid, 1993.

<sup>36</sup> Uno de los mejores ejemplos de lo dicho es el texto de MICHAEL KIMMEL sobre la masculinidad en los EE.UU, donde se aprecia claramente toda esta variabilidad y contingencia. Véase M. KIMMEL, *Manhood in America. A cultural history*, The Free Press, New York, 1996.

<sup>37</sup> J. VICENT MARQUÉS, “¿Qué masculinidades?”, en J. M<sup>a</sup>. VALCUENDE DEL RÍO y J. BLANCO LÓPEZ (eds.), *Hombres. La construcción cultural de las masculinidades*, Talasa, Madrid, 2003, p. 205.



**CONSTRUCCIÓN DEL SEXO Y ESTEREOTIPO MASCULINO MODERNO:  
DUALISMO, ARMONÍA Y NORMATIVIZACIÓN.**

Desde la Grecia clásica ha habido distintas formas de definir a hombres y mujeres y de entender la masculinidad y la feminidad. Parece difícil, tal y como nos recuerda MICHEL FOUCAULT<sup>38</sup>, que en el mundo griego los modelos existentes se dieran en torno a la opción sexual (heterosexual, homosexual), si en esa época las preferencias no se veían como antagónicas ni problemáticas entre sí.

La masculinidad moderna es hija de su tiempo, lo que implica que hay relación entre el estereotipo masculino y el tipo de sociedad que lo forja. De hecho los cambios que se produzcan a partir del siglo XVIII estarán interconectados. Asimismo podemos decir que la emergencia de la categoría del estereotipo, si bien no sirve para decir que antes en lo referido al sexo todo era fluido, sí supuso en su momento la definición concreta de lo que era o no era un estereotipo y su consiguiente diferenciación.

Como señala MOSSE, “los estereotipos se configuraron con la edad moderna como parte de una búsqueda general de símbolos con el propósito de hacer lo abstracto concreto dentro de los desconcertantes cambios de la modernidad. Los estereotipos modernos no existían en épocas anteriores, si bien las apariencias importaban y se esperaba que los hombres, en reposo o en movimiento, mostraran un porte adecuado”<sup>39</sup>. Este propósito llevó a plantear cuál era el verdadero estereotipo y cuál no era más que una “mera copia”, algo que le dio, y le sigue dando, una fuerza nada pequeña a dicha categorización. Y más si el estereotipo del que estamos hablando es positivo, como lo es la masculinidad moderna.

Es cierto que resulta imposible señalar un momento preciso para el nacimiento del ideal masculino moderno, pero sí “podemos decir que aquello ocurrió en algún momento entre la segunda mitad del siglo dieciocho y principios del diecinueve”<sup>40</sup>. En ese período se empieza a desarrollar un planteamiento sobre lo que *son y deben ser los hombres*, y sobre el sexo en general, que le va a dar una especificidad propia y característica a toda esta cuestión.

Desde mediados del siglo XVIII, la filosofía política de corte racionalista da cobertura a una visión de la masculinidad que, tomando rasgos del pasado de aquello que se pensaba que eran los hombres, y añadiéndoles algunos más, tenía como propósito principal *sistematizar y ordenar* la forma de cómo debían ser los

<sup>38</sup> M. FOUCAULT, *Historia de la sexualidad*, Siglo XXI, Madrid, 1992.

<sup>39</sup> GEORGE MOSSE, *La imagen del hombre*, p. 9.

<sup>40</sup> *Ibidem*.

varones. Sistematización que le va a dar un sello específico al estereotipo masculino, y no tanto frente al estereotipo femenino como en relación a las otras formas de abordar lo que significa *ser un hombre*.

Es esta sistematización la que supuso la creación y definición de la masculinidad como un *estereotipo moral y social* que actuaba como ejemplo ideal que la población debía perseguir<sup>41</sup>. Una sistematización que “se concebía como una totalidad basada en la naturaleza del cuerpo humano”<sup>42</sup> y que quedaba anclada en una concepción binaria de los sexos. Idea que, por cierto, con ciertas variaciones y sus respectivas crisis, llega hasta hoy en día<sup>43</sup>.

Digamos que el desarrollo de esta identidad masculina no fue algo creado sólo *ad hoc* por un tipo de racionalidad. Partiendo de una realidad, con sus deseos y anhelos, se configuró un entendimiento de los sexos que cobró potencia al yuxtaponerse con lo que la sociedad iba planteando y lo que la filosofía cartesiana postulaba. Yuxtaposición que dejó su huella en una serie de discursos sociales y científicos<sup>44</sup> que han sostenido hasta hoy la narrativa del estereotipo masculino que vamos a desmenuzar<sup>45</sup>.

El dualismo cartesiano desarrolló una idea sobre los sexos que era nueva para su tiempo, aunque en la actualidad nos parezca *eterna*. Como muy bien señala Thomas Laqueur, la identidad sexual tal y como la conocemos hoy es una construcción social que, operando con la exterioridad del cuerpo, configura una explicación de los sexos y los géneros que se caracteriza por un planteamiento dicotomizador<sup>46</sup>. Un dualismo que se aplica a la cuestión sexual y también a otras áreas de la vida, pues este razonar cartesiano, como es bien sabido, pretende articular no sólo una parte de nuestras vidas sino su conjunto.

Según esta dicotomía no sólo hay *dos y sólo dos sexos*, sino que ambos son además “realidades” diferentes que quedan separadas por una sima imposible de superar, pues apelan a dos biología y dos metafísicas diferentes, de tal modo

---

<sup>41</sup> Ibid., pp. 12 y ss.

<sup>42</sup> Ibid., p. 9.

<sup>43</sup> Para un estudio de las masculinidades puede acudir a R. CONNELL, *Masculinities*, Polity Press, Oxford, 1995.

<sup>44</sup> Para el desarrollo de estos discursos, en especial los de carácter médico, puede acudir a LAQUEUR, *La construcción del sexo*, pp. 257 y ss.

<sup>45</sup> Un proceso éste complejo, de claro tono interactivo, que queda perfectamente recogido por MOSSE cuando analiza, por ejemplo, el cambio y la crisis en la cuestión del honor y del duelo en la sociedad europea. MOSSE, *La imagen del hombre*, pp. 23 y ss.

<sup>46</sup> LAQUEUR, *La construcción del sexo*, p. 257 y ss

que lo que nos distingue por fuera, la morfología, es una réplica de las diferencias interiores abismales que hombres y mujeres tenemos<sup>47</sup>.

Como escribió el médico forense francés AMBROISE TARDIEU, para el siglo XIX “la cuestión del sexo es biológica, pura y simple”. Para Tardieu se trata de “una mera cuestión de hecho que puede y debería ser resuelta por un reconocimiento anatómico y fisiológico de la persona de que se trate. Cualquier noción de auténtica ambigüedad o neutralidad sexual carece de sentido porque el sexo está ahí, presente en todo el cuerpo<sup>48</sup>.”

La teoría sobre la diferenciación sexual es uno de los soportes sobre los que los estereotipos masculinos y femeninos se construyeron y se siguen construyendo.

Ahora bien, que esto hoy nos parezca algo “natural” no significa que lo sea. Se puede entender bien porque así ocurre con la existencia de ciertos *tropos* que articulan nuestra vida y que, por estar tan establecidos, parecen formar parte de lo natural. A la luz de la *tradición política retórica*<sup>49</sup>, hoy sabemos que esos *tropos* son implantes que pretenden esconder la “historicidad de la vida”<sup>50</sup>, en este caso, la historicidad de los sexos. De ahí que esta concepción de la identidad sexual haya que verla como un producto social. Un hecho que tiene mucho peso y capacidad para organizar la propia realidad. Para el sexismo moderno *o bien somos hombres o bien somos mujeres*, y si no soy algo de ello e incluso si alguien no le da la trascendencia debida, lo “normal” es que se diga que “esa per-

<sup>47</sup> Para una crítica a esa dicotomización puede verse, entre otros: LAQUEUR, *La construcción del sexo*; E. BADINTER, *Por mal camino*, Alianza, Madrid, 2004; J. A. NIETO, *Transsexualidad, transgenerismo y cultura*, Talasa, Madrid, 1998; J. BUTLER, *El género en disputa*, Paidós, Barcelona, 2001; E. K. SEDGWICK, *Epistemología del armario*, Ediciones de la Tempestad, Barcelona, 1998; D. FUSS, *Essentially Speaking. Feminism, Nature and Difference*, Routledge, Londres, 1989.

<sup>48</sup> A. TARDIEU, *Questions médico-lécales de l'identité dans les rapports avec les vices de conformation des organes sexuels*, París, 1874. Citado por LAQUEUR, *La construcción del sexo*, p. 237.

<sup>49</sup> Como señala JOSÉ LUÍS RAMÍREZ, la *retórica*, en nuestros tiempos, ha quedado identificado con el “mero arte de engañar y de imponer su propia opinión a otros”. J. L. RAMÍREZ, “El retorno de la retórica”: *Foro Interno*, n.º 1, (diciembre de 2001), pp. 66 y 67. Incluso, en el mejor de los casos, la *retórica* es vista como “pesantez inútil”. J. ROIZ, *La recuperación del buen juicio. Teoría política en el siglo veinte*, Editorial Foro Interno, Madrid, 2003, p. 31. Dicho con otras palabras: *retórica* es igual a palabrería. Que esto se plantee así no es casual pues los adversarios de la *retórica*, que no de la palabrería, son muchos y vienen de muy lejos: desde PLATÓN hasta el pensamiento actual. Es evidente que cuando hablo de la *tradición retórica* no me estoy refiriendo a ese significado empapado de malignidad. La *tradición retórica*, como veremos más adelante, es otra cosa bien distinta que, justamente, se enfrenta a lo que se dice que es. Para una aproximación contemporánea a la *tradición retórica*, acúdase, entre otros, a J. L. RAMÍREZ, “Arte de hablar y arte de decir. Una excursión botánica en la pradera de la retórica”: *Revista RELEA*, n.º 8, (1999); RAMÍREZ, “El retorno de la retórica”; y ROIZ, *La recuperación del buen juicio*.

<sup>50</sup> ROIZ, *La recuperación del buen juicio*, p. 31 y ss.

sona tiene un problema”. De este modo, hombres y mujeres quedaban definidos, a partir de mediados del siglo XVIII y sobre todo desde el XIX, como criaturas “completamente diferentes a lo largo de un eje horizontal, cuya parte intermedia estaba [y parece estar todavía] totalmente vacía”<sup>51</sup>.

Este razonar sexista de carácter diferenciador es una gran novedad. La cuestión referida a la desigualdad entre los sexos y los géneros, en donde la mujer ocupa un lugar heterodesignado de inferioridad, era algo que venía de más lejos, pero ahora se termina incorporando a la definición del estereotipo masculino y, en particular, a la teoría de los dos sexos.

Es más, la división del trabajo que en principio proponía la masculinidad moderna no significaba necesariamente que las mujeres fueran inferiores a los hombres, sino que eran distintas. Esto nos muestra cómo una cuestión (las desigualdades entre hombres y mujeres) no tiene por qué llevarnos obligatoriamente a la otra (la diferencia ontológica y fisiológica entre ambos sexos). De hecho, ha habido muchos siglos de historia (la mayor parte de la historia occidental) en los que se ha dado lo primero (desigualdad) y no se argumentaba desde lo segundo (el hecho diferencial)<sup>52</sup>.

No obstante, lo singular de nuestra era moderna es que lo uno lleva implícito lo otro, fusionándose de tal modo ambos planteamientos que, ya sea vía metafísica o vía biológica, conforman una totalidad armoniosa y naturalizada. Podríamos decir, siguiendo a LAQUEUR, que los dos sexos se inventaron “como el nuevo fundamento para el género”<sup>53</sup> de tal modo que “los órganos de reproducción pasaron a ser lugares paradigmáticos que manifestaban la jerarquía, resonante en todo el cosmos, por ser el fundamento de la diferencia inconmensurable”<sup>54</sup>.

Como proclamaba ufano el “antropólogo moral” JACQUES L. MOREU en 1803: “una mujer es una mujer”<sup>55</sup> (y un hombre es un hombre, podríamos añadir

<sup>51</sup> LAQUEUR, *La construcción del sexo*, p. 256. Los corchetes son nuestros.

<sup>52</sup> Desigualdad que, como nos recuerda LAQUEUR viene de antaño, siendo anterior. Pero tampoco hay que obviar que cuando la diferencia se construye en términos dicotómicos lo habitual es que ésta derive en relaciones de desigualdad. Esto ocurre, por ejemplo, cuando se define al inmigrante como “inintegrable”. Definición que, como es sabido, deriva a situaciones evidentes de exclusión social. Y esto mismo pasa con las definiciones de identidad sexual. Para una discusión sobre la relación entre diferencia y desigualdad, véase de J. BUTLER, “Meramente cultural” y de N. FRASER “Heterosexismo, falta de reconocimiento y capitalismo: una respuesta a JUDITH BUTLER”, ambos en *New left review*, n.º 2 (2000).

<sup>53</sup> LAQUEUR, *La construcción del sexo*, p. 259.

<sup>54</sup> *Ibid.*, pp. 257 y 258.

<sup>55</sup> J. L. MOREU, *Histoire naturelle de la femme*, 2 vols., Paris, 1803. Citado por *Ibid.*, p. 258, nota 2.

nosotros). Todo un ejemplo de los nuevos intentos sexistas por hacer derivar la cultura del cuerpo hacia aspectos físicos, orgánicos y, también, morales. Algo que tendrá serias implicaciones a la hora de definir y catalogar la masculinidad estereotipada, pues ésta, como consecuencia de dicha dicotomización sexual, se va a considerar como un dato empírico y científico, pero también como un *imperativo moral* que pretende construir y desarrollar un “concepto normativo de virilidad”<sup>56</sup>.

Aún así, esta dicotomización jerarquizada queda atravesada por otra idea igualmente moderna, aunque con más historia, ya que se ha venido desplegando desde la crisis del mundo trágico griego. Esta otra concepción que busca la armonía y la perfección personal y política<sup>57</sup>, ve ambas identificadas con lo masculino ya que con el sexo ocurre como en la “gran cadena del ser”<sup>58</sup>: que el movimiento siempre es hacia arriba, hacia lo masculino, pues éste siempre está en lo alto. De ahí que dijera GASPARD BAUHIN que “en consecuencia, jamás encontramos en una historia verdadera que un hombre se haya convertido en mujer, porque la Naturaleza tiende siempre hacia lo más perfecto y, por el contrario, no actúa nunca de modo que lo que es perfecto se haga imperfecto”<sup>59</sup>.

Este deseo de omnipotencia tiene su reflejo en la ficticia necesidad de que “todo tiene que cuadrar”, urgencia que empieza definiendo a los humanos como *pequeños dioses* para que no haya nada que se “nos resista”. Autores clásicos como JOHN LOCKE o JEAN JACQUES ROUSSEAU, y pese a sus diferencias —pero he ahí lo llamativo—, son algunos de los representantes de este anhelo antitrágico<sup>60</sup> y antirretórico<sup>61</sup> tan característico, aunque no exclusivo, de la modernidad. Una aproximación a la plenitud y la omnipotencia que hace que, si bien los sexos se ven como entidades distintas e irreconciliables, también se aprecian como rea-

<sup>56</sup> MOSSE, *La imagen del hombre*, p. 21.

<sup>57</sup> Para mayor profundidad en la cuestión del pensamiento trágico puede acudir, entre otros, a E. DEL RÍO, *Modernidad, posmodernidad*, Talasa, Madrid, 1997, pp. 121 y ss. y a F. FDEZ-LLEBREZ, “Pensamiento trágico y ciudadanía compleja: crítica a la razón omnipotente”, en *Revista Foro Interno*, nº 1 (2001).

<sup>58</sup> LAQUEUR, *La construcción del sexo*, p. 224.

<sup>59</sup> G. BAUHIN, *Theatrum anatomicum*, Basilea, 1605. Citado por *Ibid.*, p. 224, nota 27. GASPARD BAUHIN (1560-1624) fue un botánico suizo y doctor en medicina. Hijo de padre protestante, fue profesor de anatomía y botánica en Basilea. Una de sus aportaciones más conocidas fue la reforma de la nomenclatura anatómica, especialmente la de los músculos.

<sup>60</sup> Para un recorrido por este proceso puede acudir a J-M. DOMENACH, *Le retour du tragique*, Seuil, París, 1967.

<sup>61</sup> Para un recorrido por la dimensión no retórica de la teoría política contemporánea véase ROIZ, *La recuperación del buen juicio*.

lidades complementarias que han de acoplarse el uno a la otra, para formar una totalidad armoniosa.

El estereotipo moderno de la masculinidad se consideró desde sus inicios como algo indivisible en donde se esperaba que el cuerpo y el alma, apariencia externa y virtud interior, “formaran un todo armonioso, un engranaje perfecto donde cada parte ocupa su lugar”<sup>62</sup>. En resumen, “la idea era que hombres y mujeres se complementaban unos a otros”<sup>63</sup>.

Como hemos planteado, esta comprensión dualista de los sexos no es algo aislado ya que forma parte de una explicación más amplia que atraviesa las ideas de clase, etnia o nación. Esto hace que los sexos y sus diferencias se caractericen por su pluralidad, pues quedan cruzados por variables que dibujan un panorama diverso<sup>64</sup> al que además habrá que sumar la propia autonomía de la *vida del espíritu*, en palabras de HANNAH ARENDT<sup>65</sup>.

Con todo, este carácter dicotomizador y armonioso será la base desde la que se armará un tipo de masculinidad que servirá como referencia ideal. Un artilugio que supondrá que la identidad sexual ya no se piense desde las diferentes formas de identificación sexual que cada uno o una tiene, sino desde un ideal fijo y trascendente: desde una identidad estereotipada que sólo puede ser fuerte porque, de lo contrario, no sería tal identidad<sup>66</sup>.

#### EL ESTEREOTIPO MASCULINO MODERNO Y LA BÚSQUEDA DEL VERDADERO HOMBRE

En consonancia con todo lo dicho, los nuevos tiempos rompieron con los ideales anteriores que definían al hombre “tradicional” y definieron una nueva masculinidad. La ruptura con el pasado no fue tajante, aunque sí real. Las ideas sobre la virilidad de carácter aristocrático estaban basadas en una casta guerrera. Este

<sup>62</sup> MOSSE, *La imagen del hombre*, p. 9.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>64</sup> Un ejemplo de esta complejidad lo tenemos en el cruce de variables sexuales con las étnicas, de lo que son un ejemplo todo el planteamiento poscolonial en la literatura feminista. Para una mirada de esta índole, centrada en la perspectiva de la masculinidad, puede verse S. BRANCATO, “Masculinidad y etnicidad: las representaciones racistas y el mito del violador negro”, en SEGARRA y CARABÍ (eds.), *Nuevas masculinidades*, pp. 103- 120.

<sup>65</sup> H. ARENDT, *La vida del espíritu*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1984.

<sup>66</sup> Para la configuración de las identidades sexuales débiles y fuertes véase C. GARAIZÁBAL, “Masculinidades y feminismos” en VALCUENTE DEL RÍO y LÓPEZ (eds.), *Hombres*.

ideal guerrero era el que le daba sentido y fuerza a dicha masculinidad, si bien el refinamiento y el ritual de la sociedad cortesana ya habían atemperado dicha imagen antes de 1800<sup>67</sup>. “La adaptación de tales ideas aristocráticas a favor de las sensibilidades de la clase media, al menos a partir del siglo dieciocho, fue un paso importante en la construcción de la masculinidad moderna”<sup>68</sup>. Que fuera la clase media emergente la que lo protagonizara no fue, ni es, algo anecdótico, pues “las sensibilidades de la clase media...reclamaban una fuerza reposada que no entrara en conflicto con virtudes como el juego limpio, la armonía y el orden, a los que no debían molestar unas muestras indebidas de poder”<sup>69</sup>.

Ideas aristocráticas como el valor o la sangre fría siguen incluso hoy vigentes, pero tras haber perdido gran parte de su violencia. Ahora esas ideas prosiguen impregnadas de *imperativos morales* que forman *la verdad*, y que, sobre todo, permiten que sean vistos como componentes de un ideal de masculinidad *digno* al que poder aspirar.

Pero para que dicho ideal sea un estereotipo, requiere más cosas. Como ocurre con todo estereotipo que se “precie”, el de la masculinidad moderna va a quedar definido como una “representación inmutable de algo”<sup>70</sup>. En este caso, una *representación inmutable* de lo que *son y deben ser los hombres*. De este modo, la masculinidad se concibe como algo que no cambia, que es perenne<sup>71</sup>. Una inmutabilidad que conlleva la definición de lo que se supone que es el *verdadero hombre*. Una definición científica que dice cuáles son los atributos del supuesto *hombre de verdad*, y afirma que el *hombre verdadero* existe.

Esto da entrada a una esencia básica inamovible, una especie de “masculino profundo”<sup>72</sup> que define lo que es, o no es, el hombre, naturalizando cuestiones que son, como hemos visto al inicio de este texto, de carácter social y cultural. Esta búsqueda de la *verdadera identidad* implica que quien quede fuera de dicha definición no es un hombre, sino otra cosa que no se sabe muy bien qué es. O mejor dicho, algo que muchas veces sí que se sabe qué es, pues para denominar dicha realidad se utilizan adjetivos como *afeminado*, *maricón*, *mujer*, *niño* o *infantil*. Conceptos y realidades que actúan o bien como *antítesis* del estereo-

<sup>67</sup> Para ahondar en dicho proceso civilizatorio sigue siendo excelente el clásico libro de NORBERT ELIAS, *El proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

<sup>68</sup> MOSSE, *La imagen del hombre*, p. 25.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 9.

<sup>71</sup> Por eso, una parte de nuestras sociedades piensan que los hombres son así porque “siempre” han sido así y que eso es lo “natural”.

<sup>72</sup> J. C. KREIMER, *Rehacerse hombres*, Planeta, Madrid, 1994.

tipo masculino o bien como su complementario, pero nunca como parte del propio estereotipo.

No es casual que la palabra *afeminado* se empezara a usar de forma generalizada durante el siglo XVIII para “indicar la suavidad y delicadeza impropia de los hombres”<sup>73</sup>, algo que contrasta con lo que significaba dicho vocablo en la Inglaterra del siglo XVI, donde, según reza en el *Oxford English Dictionary*, “se suponía que el rey era...muy enamorado y afeminado”<sup>74</sup>, no apreciándose problemas de “hombria” en la figura del rey.

Este planteamiento supone desplegar una concepción esencialista sobre los hombres que, actuando como atalaya moral y científica desde la que hablar, excluye a quienes no encajen en él.

Este afán por ordenar todo, donde la ambigüedad queda excluida, supone un proceso de homogenización nada despreciable que identifica a los hombres con un patrón único. Así, un estereotipo no sólo fija, ya que es invariable, sino que también, como la propia palabra expresa, tipifica. Su concepción de los hombres no es la de individuos que actúan y se valoran por su condición personal y social, sino que los hombres son considerados como “tipos” o “prototipos”. Un “tipo” o un “prototipo” es una comprensión homogeneizadora de las personas que las encuadra y cuadricula dentro de un modelo fijo<sup>75</sup>.

Esta homogenización no sólo pretende tener fuerza descriptiva, sino que su potencia estriba en que el *hombre de verdad*, el estereotipo masculino, es ejemplar. Nos enseña cómo *deben ser los hombres*. Es un estereotipo que muestra las pautas a copiar, de forma que quien se sale de dichas pautas paga el precio de no ser ni “normal” (no se es un *verdadero hombre*), ni “un hombre bueno” (se es perverso, inmoral o desviado). Esta clasificación respalda a quien cumple con ella, de ahí que se diga que el estereotipo masculino es un estereotipo “positivo”, y estigmatiza a quien no lo hace.

Pues bien, ¿qué es lo que caracteriza en concreto al *verdadero hombre*? Para poder ahondar en ello es preciso atender el carácter relacional del estereotipo masculino, única forma de entenderlo.

<sup>73</sup> G. MOSSE, *La imagen del hombre*, p. 14.

<sup>74</sup> Citado por LAQUEUR, *La construcción del sexo*, p. 217 y 218.

<sup>75</sup> De ahí que muchas veces se diga que tal o cual actividad es “cosa de hombres”, o que “entre hombres nos entendemos”, u otra serie de comentarios populares, y no tan populares, que dan vida cotidiana a dicha concepción.



### CARACTERIZANDO AL ESTEREOTIPO MASCULINO: ESTEREOTIPOS DE GÉNERO Y SU DIMENSIÓN RELACIONAL

El carácter relacional de los estereotipos es algo fundacional para su existencia. De hecho, las identidades, sean sexuales o no, sólo cobran sentido cuando se contraponen o bien con otra identidad o bien con la no-identidad. Lo uno requiere de lo otro. Como señala MICHAEL KIMMEL “la masculinidad y la feminidad son construcciones relacionales en donde la definición de uno depende de la definición del otro. Aunque lo masculino y lo femenino puedan tener características generales [...], uno no puede comprender la construcción social de cada masculinidad o feminidad sin hacer referencia al otro”<sup>76</sup>.

De ahí que el paradigma de los roles sexuales no sea el más adecuado para abordar la cuestión de la masculinidad, pues suele ignorar dicho carácter relacional.

La dimensión relacional del estereotipo masculino queda definida por la dicotomía que caracteriza a la “teoría de los dos sexos” anteriormente expuesta. Dicotomización en la que lo masculino se concibe como el reverso de lo femenino, o viceversa.

Producto de ello es la existencia de dos estereotipos que actúan sobre la realidad: el masculino y el femenino. El estereotipo femenino, del que ya Betty Friedam, entre otras, hablara en su libro *La mística de la feminidad*<sup>77</sup>, configurará una normatividad —por cierto, nada halagüeña para las mujeres— que, al mismo tiempo, interactuará con la del estereotipo masculino. Interacción que hará que entre los dos estereotipos se dé una relación de mutua dependencia conformándose así una especie de totalidad. Son los *estereotipos de género*.

Si el estereotipo masculino define al *hombre de verdad*, el femenino conceptualiza a la *mujer de verdad*. De este modo, si el hombre es duro, la mujer ha de ser blanda; si el hombre es racional, la mujer será emocional; y así sucesivamente en las distintas características que se den.

Puesto que lo que a un estereotipo le falta el otro lo tiene, este planteamiento diferenciador expresa también un orden normativo de complementariedad. Ambos estereotipos se necesitan entre sí y en su desarrollo terminan yendo de la mano.

La relación de estereotipos se muestra en ciertos *pares o dualismos* que actúan a modo de *oposiciones o disyuntivas complementarias* en donde si se es lo uno, no se es lo otro<sup>78</sup>.

<sup>76</sup> KIMMEL, *Changing men*, p. 12.

<sup>77</sup> B. FRIEDAM, *La mística de la feminidad*, Júcar, Madrid, 1974.

<sup>78</sup> Para una mayor profundización en este aspecto puede verse, de DANIEL WELZER-LANG, sus trabajos: “La crisis de las masculinidades: entre cuestionamientos feministas y críticas contra

No hay consenso respecto a los *pares* que definen la virilidad y la feminidad. No obstante, creo que sí es posible demarcar tres *pares* que engloban la pluralidad existente.

La primera dicotomía es la de *autocontrol contra descontrol*, donde lo masculino queda identificado, ya sea real o de fachada, con el primer polo de la dicotomía. Así, se supone que el hombre es quien sabe controlar las situaciones, ejerciendo su poder de manera ordenada y pausada. Una forma de expresar este control será, tal y como nos recuerda MOSSE, la *serena fortaleza*: símbolo de la fuerza de voluntad. Implica una actitud moderada, controlada y firme, quedando libre de la “histeria” femenina.

El control viril afecta sobre todo al campo de lo emotivo y sentimental, pretendiendo disciplinar, incluso, el mundo de las fantasías. Pero también incluye el mando sobre las acciones y decisiones, ya sean ajenas o propias, que el varón entiende que interfieren en el desarrollo y mantenimiento de sus posiciones y disposiciones. Por ello, no es extraño que desarrolle cierto sentido posesivo sobre los otros para garantizar su propia autonomía. Bien es cierto que cuando este control mesurado y racional no funciona es preciso hacerlo valer buscando otros caminos, como el de la violencia física. Su mundo es el de la racionalidad y su campo de actuación *lo externo*, desarrollando un tipo de *yo* sustentado en *los logros* y no en el cuidado.

Por el contrario, el *descontrol* queda atribuido a la mujer. Se considera como femenino toda la secuencia de actos que suponen la pérdida del control. Así, llorar, “hacer dramas”, “no saber reaccionar en los momentos importantes”, son rasgos típicos de la feminidad. De hecho, el “nerviosismo” fue considerado una enfermedad mental, típicamente femenina —aunque también adjudicada a grupos como los negros o los judíos—, durante el siglo XIX y hasta no hace mucho<sup>79</sup>. Frente a la autonomía masculina se encuentra la heteronomía femenina. Su mundo es el emocional, el del cuidado y la atención del otro, desarrollándose lo que se conoce como el “yo-en-relación”<sup>80</sup>, el cual queda sostenido por

---

el heterosexismo” e “Inicativas Europeas y Análisis de las Resistencias Masculinas a los Cambios”. Ambos textos se pueden encontrar en la página web de la *Red Europea de Hombres Profeministas*, ya citada, o en la página web del Ayuntamiento de Jerez: [www.hombresigualdad.com](http://www.hombresigualdad.com).

<sup>79</sup> Para un recorrido crítico por el “histerismo”, véase MOSSE, *La imagen del hombre y LAQUEUR, La construcción del sexo*.

<sup>80</sup> El concepto de *yo-en-relación* lo puso en circulación JEAN BAKER MILLER (*Psychoanalysis and Women*, Brunner/Mazel, New York, 1973), siendo preciso verlo en contraste con lo que hemos denominado como *yo-en-los-logros*. Para un desarrollo y actualización del significado del *yo-en-relación* véase E. DIO BLEICHMAR, *La depresión en la mujer*, Temas de Hoy, Madrid, 1991, pp. 85 y ss.

rasgos de carácter más bien blandos, de ternura, dulzura y empáticos. Tiene su campo de despliegue “tradicional” en la vida doméstica, que es el lugar al que queda reducida su labor y tarea, a menudo ni siquiera reconocida como tal.

La segunda nos habla de la dicotomía *activo versus pasivo*, en donde lo activo remite a lo masculino y lo pasivo a lo femenino. Ser activo, y por tanto hombre, implica saber llevar el mando, sabiendo lo que se quiere y con una alta dosis de autoexigencia. Una de sus expresiones más características, aunque no sólo, se da en el terreno sexual, pues “hay que cumplir, si no, no se es un verdadero hombre”. La incapacidad para la acción en determinados contextos supondrá una pérdida de hombría, de ahí la continua (auto)exigencia y consideración por la actividad, y más si ésta es de carácter pública. Por el contrario, la pasividad es una variable considerada como femenina, lo que queda recogido sobre todo en la sexualidad, donde parece haber dos mundos distintos: el femenino frente al masculino<sup>81</sup>. La entrega, que se confunde con la dependencia afectiva, se termina traduciendo, en la “renuncia de sí” y la docilidad.

La tercera oposición se da entre lo *heterosexual frente a lo homosexual*, donde el primer polo habla de lo “natural” y “normal” y el segundo de lo “no-natural” y “no-normal”. Así, lo heterosexual remite al ensalzamiento de lo “verdaderamente masculino y femenino” en contraposición a lo que no es verdadero ni bueno. La controversia no sólo es de género, sino que establece jerarquías identitarias de carácter sexual como la que se da en relación a las prácticas sexuales, identificando al segundo polo de la dicotomía con lo “raro” y “lo perverso”. Cuestión ésta que quedó bien recogida por GAYLE RUBIN en su pirámide sexual<sup>82</sup>.

La disyuntiva va más allá de la dicotomía físico-corporal (hombre *versus* mujer) y se da en términos simbólicos, aunque no por ello menos materiales (heterosexual contra homosexual). Es una oposición que, en el mejor de los casos, puede terminar aceptando a su contrario, pues está ahí, pero que difícilmente lo verá con agrado, ya que la homosexualidad masculina será síntoma de pérdida de virilidad y la femenina de feminidad.

Así, ni el estereotipo masculino ni el femenino nos hablan de una mujer o de un hombre cualquiera, sino de una forma específica de *ser hombre* y de *ser mujer*

---

<sup>81</sup> Para un recorrido por la sexualidad femenina acúdase al clásico C. S. VANCE, *Placer y peligro*, Revolución, Madrid, 1989. Para la sexualidad masculina véase F. VILLADANGOS, *Sexualidad masculina ¿Hombres o titanes?*, Al-Garaia, Granada, 2003. Para una mirada sobre la sexualidad lesbiana es de mucho interés el texto de P. CALIFA, *El don de Safo*, Talasa, Madrid, 1997.

<sup>82</sup> G. RUBIN, “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, en C. S. VANCE, *Placer y peligro*, p. 140.

caracterizada por las dicotomías y la heterodesignación, por lo que se considera que es ser activo *o* pasivo, racional *o* emocional, heterosexual *u* homosexual.

Como consecuencia de ello, las relaciones interpersonales que se sustenten en emociones, sentimientos, intuiciones y roce físico serán consideradas por el estereotipo masculino como femeninas y serán eludidas. Esto afectará tanto a la relación con mujeres como con otros hombres. Por ello, un hombre que pida ayuda o se apoye en mujeres estará mostrando signos de debilidad, incompetencia y vulnerabilidad que deben ser controlados si quiere ser considerado un *hombre de verdad*. E, igualmente, la intimidación con otros hombres debe ser evitada porque ésta le vuelve vulnerable, pudiendo implicar afeminamiento y homosexualidad, lo cual no encaja en el ideal propuesto.

Todo un proceso de *restricción emocional* muy importante que, como señala JORGE CORSI<sup>83</sup>, caracteriza al ideal masculino y que tiene, a veces, consecuencias como cierta dificultad para manejar los sentimientos y los conflictos de forma adecuada, la represión de elementos *tiernos* en el desarrollo de la personalidad de los hombres, la escasez de empatía, o la falta de cuidado y atención al otro (mayoritariamente la otra).

De esta forma, lo que subyace es un modelo dualista que normaliza dos posiciones “puras” convirtiendo al resto en sus “desviaciones”. Tirando de este hilo ocurrirá que quienes no encajen en el ideal, o no lo cumplan, quedarán excluidos del estereotipo masculino y serán considerados como algo a combatir.

En un principio, la *antítesis* serán aquellos que representan lo opuesto al estereotipo. Esta *antítesis* se caracteriza por conjugar, aunque no siempre simultáneamente, dos dimensiones. En el plano social, en su sentido más amplio, comprende a quienes quedan en los márgenes de la sociedad, con sus respectivas prácticas —incluidas las sexuales—; y en el plano simbólico o cultural a aquello que represente los valores femeninos. Así, durante el siglo XIX, los judíos fueron estigmatizados a través del mito del judío errante e identificados como feos, pendencieros o afeminados. También los homosexuales fueron excluidos por ser “invertidos” y porque, a su vez, “iban de la mano” de los judíos o de los gitanos en su vagabundeo y su *carácter* errante. Todos ellos representaban, entre otros, a esos hombres *intrusos* a quienes el *verdadero hombre* no debe parecerse.

Pero que todos estos grupos masculinos fueran rechazados porque tenían parecido o “encarnaban” atributos considerados como femeninos, no significaba que las mujeres fueran realmente consideradas también como *intrusas*, ya que como nos recuerda MOSSE, éstas “tenían su lugar establecido en la sociedad”<sup>84</sup>.

<sup>83</sup> J. CORSI, *Violencia masculina en la pareja*, Paidós, Buenos Aires, 1999.

<sup>84</sup> MOSSE, *La imagen del hombre*, p. 89.

Para el estereotipo masculino, la mujer estaba excluida de la vida política y de los asuntos cívicos pero, a cambio, las mujeres debían tener una escrupulosa fidelidad conyugal, por lo que en principio no tenían por qué ser una competencia para los hombres ya que la vocación “natural” de las mujeres es “contraria a ello”<sup>85</sup>. Se las veía como seres tan distintos a los hombres que se decía que “el pensamiento masculino se distingue del femenino mediante la existencia de formas claras y no ambiguas”<sup>86</sup>. Y ya hemos visto como la ambigüedad no cabe dentro del estereotipo masculino.

Con este planteamiento la mujer modelo difícilmente podía ser vista como una *intrusa*, como alguien que molestara al estereotipo masculino, ya que al ser tan diferente al hombre no suponía peligro alguno para el ideal. Que esto se viera así no significa que las mujeres fueran “tenidas en cuenta” y, menos aún, como pares pues éstas, como generalidad, quedaban ubicadas en un plano de desigualdad respecto de los hombres. Eso sí, serán consideradas como un “elemento complementario” del propio estereotipo masculino.

Para ello, el estereotipo masculino hará suya la definición de *mujer* que el estereotipo femenino plantea, es decir, la de una mujer tierna, cuidadora, sensual. El estereotipo masculino defiende un ideal de *hombre* que se despliega en la esfera pública y que, como tal, ya que es una consideración que caracterizará a “lo público” en las sociedades modernas, se contrapone a lo privado. La mujer queda apartada y dedicada a lo particular y a lo privado<sup>87</sup>. De ahí la reiterada confusión entre *hombre como varón*, que remite al género masculino, y *hombre como ser genérico* o ser humano.

Por otro lado, cuando la mujer no se comporte como una *verdadera mujer* dejará de ser ese complemento ideal y será considerada como parte de la *antítesis*, como una *intrusa* más. Pero mientras eso no ocurra, la mujer estereotipada será vista como el “perfecto complemento” con el que alcanzar la ansiada y armoniosa meta que busca el ideal masculino.

Por ello tiene razón MOSSE cuando plantea que “la construcción de la masculinidad moderna se definió a sí misma *en parte* por contraste con la mujer, que era una subordinada y sin embargo compañera esencial, con su muy diferente belleza y naturaleza fundamentalmente pasiva”<sup>88</sup>. Y decimos *en parte* porque el

---

<sup>85</sup> Ibidem.

<sup>86</sup> Ibid., p. 85.

<sup>87</sup> Ejemplo de la identificación entre lo público y el estereotipo es el distinto significado que tienen las expresiones *hombre público*, altamente considerada, y *mujer pública*, expresión con significado mayoritariamente estigmatizador

<sup>88</sup> MOSSE, *La imagen del hombre*, p. 91. La cursiva es nuestra.

estereotipo masculino moderno también se contrapone, tal y como hemos visto, a aquellos otros hombres que no encajan en su ideal. Lo que unirá a dicho ideal —al *verdadero hombre*— es la pretendida huida e infravaloración de *lo femenino* y *lo perverso*<sup>89</sup>, que tras la transmutación hecha en relación a los cuerpos, ya no son valores o virtudes encarnados *sólo* en *un* sujeto concreto, sino valores morales que irán más allá de su carnalidad. De ahí su “supuesta peligrosidad”.

Desde luego conviene no olvidar que esta forma específica de definir la masculinidad está atravesada, además de por esta *huida*, también por relaciones de poder que se terminan incorporando a dicha concepción. Unas desiguales relaciones de poder que ubican en una posición de privilegio al hombre y de no privilegio a la mujer. Privilegios masculinos que raramente se quieren perder, actuando a modo de permisos para el comportamiento masculino, tanto personal como social. Permisos que ayudan, o no dificultan, el desarrollo de actitudes abusivas y violentas para con los otros —aunque mejor sería decir con *las otras*<sup>90</sup>.

Esta desigualdad entre los géneros, cruzada con la mirada diferencialista, produce, aunque no mecánicamente, relaciones de dominación<sup>91</sup> que terminan configurando un tipo de orden sexual y de género jerarquizado que se conoce como *sistema de sexo-género*<sup>92</sup>. Un tipo de orden que, aun yendo cargado de contingencias y tensiones, conlleva situaciones de injusticia notables e hirientes hacia quienes no encajen en él. Y si no preguntémosle a tantas mujeres, homosexuales y transexuales por sus historias de vida y nos daremos cuenta del daño causado.

Pero la puesta en práctica del estereotipo masculino no va a tener sólo implicaciones sobre quienes quedan designados como *intrusos*. Es verdad que por las desiguales relaciones de poder en las que se enmarcan, estas implicaciones son distintas según hablemos de unos u otros grupos. Pero si analizamos en profundidad la forma de adquirir y de llevar a cabo el “poder masculino” del

<sup>89</sup> WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, p. 159.

<sup>90</sup> M. KAUFMAN, “Las siete P’s de la violencia de los hombres”, conferencia impartida para el Fondo para la prevención de la Violencia de Género, 1999, copia mimeografiada. Puede consultarse en [www.michaelkaufman.com](http://www.michaelkaufman.com).

<sup>91</sup> Sobre la dominación masculina ha escrito recientemente PIERRE BOURDIEU en su libro *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2000. Pero su planteamiento estructuralista termina siendo mecanicista al identificar, a la postre, desigualdad con dominación. Estructuralismo y mecanicismo que no comparto y que considero oportuno criticar, de ahí que resalte, tal y como hago en el texto, el *no mecanicismo*.

<sup>92</sup> RUBIN, “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”, pp. 113 y ss.

estereotipo, se aprecia cómo “este poder está viciado”<sup>93</sup>, lo que genera conflictos serios. MICHAEL KAUFMAN, acertadamente, lo ha denominado como “las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”<sup>94</sup>.

#### ESTEREOTIPO MASCULINO, EL PODER Y SUS CONTRADICCIONES: EL IMPOSIBLE IDEAL

Para el estereotipo, el poder, la dominación, la competencia y el control son los mejores datos para dar prueba de la *verdadera masculinidad*. La adquisición del estereotipo masculino, como nos indica KAUFMAN, supone un proceso por “lograr un buen desempeño y conservar el control. Tenemos que vencer, estar encima de las cosas y dar órdenes”<sup>95</sup>. Conlleva mantener una coraza dura y lograr objetivos que midan nuestros éxitos, casi siempre de carácter externo. Y para ello, mientras tanto, el hombre aprende a contener los sentimientos, a esconder las emociones y, muchas veces, a suprimir sus necesidades afectivas.

Este constante proceso de *restricción emocional* se ve compensado por un desmesurado desarrollo del mundo exterior, en particular del laboral y el profesional, configurando lo que hemos denominado como el *yo en los logros*. Un proceso que ha implicado la creación de una armadura psíquica en los hombres que tiene como resultado una disminuida habilidad para la empatía y, a veces, incluso una nula capacidad para la misma.

Por eso, tan crucial como el poder hacia el otro o la otra, es el autocontrol sobre uno mismo. Sin éste, la masculinidad estereotipada no sería tal, lo que no quita para que muchas veces dicho autocontrol se desvanezca en el aire como pavesa caída del cielo: asesinato, palizas, tortas, golpes. Es el caso de la violencia de género.

De ahí que la forma de obtener y desarrollar el poder y el control sobre los demás suponga también una forma de control y poder sobre nosotros mismos, algo que se convierte con facilidad en fuente de dolor para los demás y puede convertirse en fuente de dolor para uno mismo<sup>96</sup>.

Como nos reitera KAUFMAN, “si el poder se construye como una capacidad para dominar y controlar, si la capacidad de actuar en formas *poderosas* requie-

---

<sup>93</sup> M. KAUFMAN, “Las experiencias contradictorias de poder entre los hombres”, en T. VALDÉS y J. OLAVARIA (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Isis internacional y FLACSO, Chile, p. 63.

<sup>94</sup> *Ibidem*.

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 70.

re de la construcción de una armadura personal y de una temerosa distancia respecto a otros, si el mundo mismo del poder y los privilegios nos aparta del mundo de la crianza infantil y del sustento emocional, entonces estamos creando hombres cuya propia experiencia del poder está plagada de problemas incapacitantes<sup>97</sup>. Así, “las formas en que los hombres hemos construido nuestro poder social e individual son, paradójicamente, la fuente de una fuerte dosis de temor, aislamiento y dolor para nosotros mismos”<sup>98</sup>.

Todos estos temores calientan una olla a presión de la que emergen variadas formas de inseguridad que hay que corregir, controlar y evitar si se quiere ser coherente con el estereotipo masculino, ya que la inseguridad será considerada un síntoma de debilidad y, por ende, de femineidad.

No conviene olvidar que el estereotipo nos propone alcanzar un ideal moral, una meta normativa, a la que hay que llegar si se quiere ser un *hombre de verdad*, de tal modo que quien no llegue a la meta será alguien vacío y perdido; alguien que no es lo que debe ser. Por decirlo en una palabra: será un fracasado.

Para saber si es posible o no llegar al ideal propuesto en el estereotipo masculino, supuestamente puro y bello, tal vez sea un buen camino mirar cómo se construyen realmente nuestras identidades de género, aquéllas que los “hombres y mujeres de carne y hueso” despliegan, desplegamos, en lo concreto. Y si hacemos eso comprobaremos cómo tal cosa —alcanzar el ideal masculino— no sólo es algo complicado, sino que en la práctica es un imposible.

La construcción y experimentación real del género, el *gender work*<sup>99</sup>, es una tarea permanente que no es lineal.

De hecho, si miramos atentamente la realidad las identidades se caracterizan por ser fluidas<sup>100</sup>; nos movemos a través de un *continuum* que posibilita que los rasgos atribuidos a los hombres y a las mujeres fluyan de un lado a otro. Ejemplo palmario de ello lo tenemos en los y las transexuales que no se quieren operar y que, en este caso, actúan como metáfora y espejo de la realidad de los géneros<sup>101</sup>.

<sup>96</sup> Ibidem.

<sup>97</sup> KAUFMAN, “Las siete P’s de la violencia de los hombres”, p. 4

<sup>98</sup> Ibidem.

<sup>99</sup> Para el concepto de *gender work* véase KAUFMAN, “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, p. 68 y ss.

<sup>100</sup> Para la cuestión de la fluidez véase F. J. GARCÍA SELGAS, “Para una ontología política de la fluidez social: el desbordamiento de los constructivismos”, en *Política y Sociedad*, n.º 40 (2003).

<sup>101</sup> Para una aproximación a esta cuestión y su relación con la ciudadanía puede acudir a F. FDEZ-LLEBREZ, “Transgenerismo y ciudadanía. Identidad, género y democracia”: *Inguruak. Revista Vasca de Sociología y Ciencia Política*, n.º 37 (2003).



Lo que nos encontramos en nuestra experiencia diaria y cotidiana, en nuestra *pragmática*<sup>102</sup>, son hombres *duros* y mujeres *sensibles*; pero también hombres *sensibles* y mujeres *duras*; hombres y mujeres que son, a la vez, *sensibles* y *duros*; y hombres y mujeres que, para una cosa son *sensibles* y, para otras, *duras*. Nos topamos con un constante hacer, deshacer y rehacer que difícilmente deja de moverse e inquietarnos.

Este conflicto no es casual pues los *estereotipos de género* han ido dejando posos, sedimentos podríamos decir - como si de un río se tratara-, que ponen *trabas* a dicha movilidad. Un hacer continuo que al interactuar con el mundo que nos rodea se encuentra con que nuestra identidad es afectada también por cuestiones como la clase, la edad o la etnia. Una realidad altamente compleja y conflictiva, difícil de reducir sólo a dos polos salvo que terminemos secuestrando nuestra propia vida<sup>103</sup>.

Esto significa que “pese a que los ideales de género existen como masculinidades y feminidades hegemónicas, y a que el poder del género es una realidad social, cuando vivimos en sociedades heterogéneas luchamos con presiones, exigencias y posibilidades que están frecuentemente en conflicto”<sup>104</sup>. Resulta así difícil crear un orden perfectamente ordenado, puro y omnipotente, tal y como exige el estereotipo.

El conflicto entre la realidad de género y el supuesto ideal conlleva cierta dosis de dolor que se convierte en fuente de inmenso temor ante la posibilidad de no ser, ni llegar a ser, un *hombre de verdad*, lo que supone un fracaso. Un temor que, por cierto, tiene dimensiones intelectuales, emocionales e, incluso, viscerales<sup>105</sup>.

Pero fracasar no cabe dentro del propio estereotipo; de ahí que, si queremos ser aprobados, tanto por uno mismo como por los demás, la solución sea la de controlar nuestros miedos reforzando aún más nuestro poder, lo cual sí es coherente con lo dicho por el estereotipo. Claro que la rueda sigue girando y, al final, volvemos al mismo lado. El resultado es que no dejamos de sentir dolor ni de

---

<sup>102</sup> Seguimos aquí la concepción de la *pragmática* recuperada por QUINTILIANO en su obra *Sobre la formación del orador*, Publicaciones Universidad Pontificia, Salamanca, 1999, pp. 386 y ss. No es casual que uno de los mayores y mejores críticos del dualismo cartesiano sea el *pragmático* CHARLES S. PEIRCE. CH. S. PEIRCE, *El hombre, un signo*, Crítica, Barcelona, 1988.

<sup>103</sup> Para la idea de secuestro ver Roiz, *La recuperación del buen juicio*, p. 54 y F. FDEZ-LLEBREZ, “La sustancia poética del pensamiento democrático”: *Revista de Estudios Políticos*, nº 97 (1997), p. 316.

<sup>104</sup> KAUFMAN, “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, p. 70.

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 71.

desear poder, y todo ello sin llegar a conseguir el ideal propuesto, convirtiéndose dicho objetivo en inalcanzable<sup>106</sup>. De ahí que el estereotipo masculino, en su totalidad, no sea *real*, pues la rueda interminable entre miedo (temor) y poder lo imposibilita.

El estereotipo masculino, las más de las veces, es una *coartada ideológica*, ya que resulta *prácticamente* imposible llevarlo a la *práctica* como totalidad. Aun es más, esta imposibilidad demanda una constante actualización y exposición social: requiere estar todo el día a prueba intentando demostrar que sí es alcanzable, aunque, a la larga, no lo termine siendo. De ahí la ansiedad por acoptar cuerpo y alma otorgándole a cada cuerpo (sexo) su respectiva alma (género)<sup>107</sup>. Y de ahí que el incólume ser independiente y soberano de sí mismo termine necesitando, en el fondo dependiendo, también de la “mujer estereotipada” para su propia afirmación, pues sabiendo quién es ella, sabe lo que él no es (o viceversa).

Pero que el estereotipo no pueda ser ejercitado como unidad no significa que no haya intentos, ni que no se practique en buena medida, ni que no tenga consecuencias nefastas para quien lo sufra, incluido quien lo pone en juego. Ejemplos de estas contradicciones son la distancia y el miedo hacia la homosexualidad, la tan habitual homofobia<sup>108</sup>, o la severa restricción de las demostraciones de cariño y de amistad masculina íntima —salvo que se esté ebrio o en el fútbol—, el no poder reconocer nuestras limitaciones y contradicciones, el esconder nuestra vulnerabilidad o el rechazo fóbico de otros miedos que actúan como auténticos “pánicos morales”<sup>109</sup>. Todo un triste recorrido que, si bien deja en el camino considerables privilegios, también deja muchos rastros de dolor, de demasiado dolor, tanto ajeno como propio.

## RETOS PARA UNA TEORÍA POLÍTICA DEMOCRÁTICA INCLUSIVA

La primera cuestión sobre la que podríamos interrogarnos es en qué sentido lo dicho sobre el estereotipo se inserta de lleno dentro de la tradición de discurso

<sup>106</sup> Ibidem.

<sup>107</sup> Para los problemas que dicho ajuste genera, puede acudir, entre otros, a J. BUTLER, *El género en disputa*, Paidós, Barcelona, 2001 y J. WEEKS, *El malestar de la sexualidad*, Talasa, Madrid, 1993.

<sup>108</sup> Para la relación entre homofobia e identidad masculina puede acudir, entre otros, a M. KIMMEL, “Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina”, en VALDÉS y OLAVARIA (eds.), *Masculinidad/es*, pp. 49 y ss.

<sup>109</sup> Para el concepto de *pánico moral* véase J. WEEKS, *Sex, Politics and Society. The Regulation of Sexuality since 1800*, Harlow, Longman, 1981, p. 14 y ss.

de carácter *dialéctico*<sup>110</sup>. Algunos botones de muestra de cómo la *tradición dialéctica* de la política sigue viva y da cobertura al ideal masculino que hemos venido desgajando los encontramos en su *singular* separación entre lo público y lo privado; también en su dependencia de la racionalidad cartesiana dualista y binaria que pretende definir ese sujeto limpio e inmaculado característico del estereotipo; o en ese partir de la abstracción huyendo de los seres concretos de carne y hueso, con sus complejidades y contradicciones; o en sus a priori metafísicos y cientificistas cargados de un pensamiento normativizador y *pilotado*<sup>111</sup> que pretende que la vida cuadre en su modelo en vez de lo contrario, algo que le imposibilita mirar la plenitud de la realidad y, en particular, de lo que quedó y queda abandonado<sup>112</sup>.

Un caso concreto de evidente sesgo politológico lo tenemos en la cuestión de la *identidad ciudadana*. Para la *tradición dialéctica*, la *identidad ciudadana* se construye, casi en exclusividad, sobre la dicotomía referida al “adentro y el afuera”, de tal modo que se está en un lado o en el otro, sin haber posibilidad de establecer puentes en su caracterización. Una dicotomización que en ciertos casos —tal vez ya demasiados— se construye sobre la lógica amigo/enemigo de tan nefastos recuerdos para la humanidad<sup>113</sup>.

Esta forma de entender la identidad ciudadana recoge bien la exclusión de la *tradición retórica* y del *pensamiento trágico* de la teoría política actual al quedar casi excluida la plasticidad, la musicalidad<sup>114</sup> y la melodía, quedando espacio prácticamente sólo para la armonía y la perfección como única realidad fundante de la convivencia humana.

Es en ese anhelo de armonía donde se instala la famosa síntesis *dialéctica*. De ahí tanta dicotomía; de ahí que lo contrario al ideal masculino sea visto como su *antítesis*; de ahí, por ejemplo, el ideal de complementariedad heterosexual que lo caracteriza.

<sup>110</sup> Para una crítica clásica a la dialéctica son fundamentales los textos de QUINTILIANO y GIAMBATTISTA VICO. Para un repaso por la tradición dialéctica véase J. ROIZ, *El experimento moderno*, Trotta, Madrid, 1992, aunque no use dicha expresión. Para una crítica a la misma ver Roiz, *La recuperación del buen juicio*.

<sup>111</sup> Para el concepto de *pensamiento pilotado* véase ROIZ, *El experimento moderno*, pp. 81 y ss.

<sup>112</sup> De ahí que no fuera extraño que el agitador C. WILMANN dijera, allá por 1876, que “cuanto más femenina sea la mujer y más masculino el hombre, más saludable serán la sociedad y el Estado”. Citado por MOSSE, *La imagen del hombre*, p. 67.

<sup>113</sup> Para la concepción amigo/enemigo, ver el clásico de CARL VON CLAUSEWITZ, *De la guerra*, Labor, Barcelona, 1984.

<sup>114</sup> En particular la música de *cámara*, pues la de las fanfarrias de “trompetas y trombones” sí está presente.

Tal y como nos explicara WILLIAM CONNOLLY<sup>115</sup>, parece ser algo difícil de eludir que la política moderna, y con ella la ciudadanía, no remita a algún *adentro* y a algún *afuera*. Todo parece indicar la importancia democrática que tiene la cuestión referida a la obtención de derechos concretos y positivos para todos y todas las ciudadanas, incluso para quienes hoy no tienen reconocido dicho status, como por ejemplo ocurre con los y las inmigrantes. Y que seguir ahondando en ello es una prueba más de la necesaria profundización y radicalización de la democracia moderna<sup>116</sup>.

Pero decir esto no es incompatible con plantear que, para la *tradición retórica*, esto es insuficiente. De hecho, tal y como JAVIER ROIZ nos recuerda, la *tradición retórica* no pretende sustituir a la *dialéctica*, por lo que una cosa no quita la otra<sup>117</sup>.

Lo que la *tradición retórica* nos posibilita es ayudarnos a pensar la vida, y la política, desde otro lugar. Desde un lugar que sea capaz de abordar la *identidad ciudadana* de una forma más compleja. Una complejidad que, asumiendo el *adentro* y el *afuera* —con sus derechos concretos—, también sea capaz de atender a lo que queda en el medio de dicha diferenciación: ese intermedio, esa frontera, que articula y da continuidad a los dos polos y que, metafóricamente, quedó recogido por QUINTILIANO cuando contraponía la *mano abierta* de la retórica frente al *puño cerrado* de la dialéctica<sup>118</sup>.

Esto supone desplegar un tipo de pensamiento más realista que, cargado de plasticidad y ambivalencia<sup>119</sup>, se aproxime a la identidad sin esencialismos. Una

<sup>115</sup> W. CONNOLLY, *Identity/difference: democracies negotiations of political paradox*, Cornell University Press, Ithaca, 1992.

<sup>116</sup> Incluso ANTHONY GIDDENS, autor nada radical, habla de la necesidad de la “transformación de la intimidad” en la actual democracia. A. GIDDENS, *The transformation of intimacy*, Polity Press, Cambridge, 1992. Por su parte, autores *pluralistas* como el propio WEEKS, tirando de ese hilo, plantean que es preciso contemplar los cambios referidos a estas cuestiones como “un movimiento de largo alcance hacia el ideal de la relación democrática igualitaria entre hombres y mujeres, hombres y hombres, y entre mujeres y mujeres”. WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, p. 169. Para la cuestión de la profundización y radicalización de la democracia ver E. LACLAU y CH. MOUFFE, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1987, así como CH. MOUFFE, *El retorno de lo político*, Paidós, Barcelona, 1999. No obstante, el concepto de *radicalidad* en el que nos apoyamos está sacado de la obra de John Dewey “La democracia es radical”, en J. DEWEY, *Liberalismo y acción social y otros ensayos*, Edicions Alfons el Magnanim, Valencia, 1996.

<sup>117</sup> ROIZ, *La recuperación del buen juicio*, p. 55.

<sup>118</sup> *Ibid.*, p. 64.

<sup>119</sup> Para la cuestión de la ambivalencia, puede verse E. DEL RÍO, *Poder político y participación popular*, Talasa, Madrid, 2003, pp. 87 y ss.

vida fluida en la que encontramos ciertos posos que dificultan nuestra movilidad. Adherencias que hacen que nuestra biografía incorpore conflictos y tensiones que delinean una realidad *trágica* donde habita la *no-armonía* o la *disarmonía*.

Pero no por ser un planteamiento más realista tiene que ser más complaciente con el mundo injusto que nos rodea<sup>120</sup>.

En verdad, las *identidades posibles* —y deseables— son *plurales y múltiples*, lo que conlleva “lealtades, reivindicaciones y compromisos diferentes y a menudo contradictorios”<sup>121</sup> entre sí. Pero el que no podamos seguir “asumiendo la existencia de un identidad única [como] fuente de toda la acción social”<sup>122</sup>, no tiene por qué implicar “la disolución del yo”<sup>123</sup>.

Por el contrario, más bien debería conllevar la *posible* tarea de encontrar una narrativa compleja “que dé sentido a todas nuestras dispares pertenencias potenciales”<sup>124</sup> puesto que, además de plural y múltiple, las *identidades* también son —y deberían ser— *transversales y mutables*, lo que nos hace seres híbridos y en transformación. Una tarea, ésta, en la que sí tiene cabida la crítica, la problematización, el desplazamiento y la transgresión de las desigualitarias identidades sexuales y de género ya establecidas; una tarea en la que el romper los hilos que atan tanta *vigilancia* vaya de la mano de la defensa de la igualdad entre los sexos y los géneros<sup>125</sup>.

En definitiva, un planteamiento teórico más *inclusivo* que pretenda incorporar los márgenes y recuperar los abismos que quedan en los “intermedios” de las dicotomías jerarquizadas. Para ello se hace preciso escuchar más a los rétores y menos al pensamiento partisano y, así, encontrar un lugar para la *letargia*<sup>126</sup>.

Y es que las dolorosas e injustas consecuencias que el estereotipo masculino alimenta, como, por ejemplo, la inaceptable *violencia de género*, no nos permiten “mirar para otro lado”.

<sup>120</sup> Por eso no me parecen adecuados los planteamientos que apelan a la búsqueda de la *nueva masculinidad* como solución ante estos problemas y, menos aún, cuando estos planteamientos se desarrollan desde posturas *mitopoéticas*. Para ello, véase, entre otros, el clásico de ROBERT BLY, *Iron John*, Plaza y Janés, Barcelona, 1992 o R. MOORE y D. GILLETTE, *La nueva masculinidad. Rey, Guerrero, Mago y Amante*, Paidós, Barcelona, 1993.

<sup>121</sup> WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, p. 179.

<sup>122</sup> *Ibidem*.

<sup>123</sup> *Ibidem*.

<sup>124</sup> *Ibidem*.

<sup>125</sup> Para esta tarea un buen punto de partida, tal y como indica Weeks, es el reconocimiento de la pluralidad. WEEKS, “¿Héroes caídos? Todo sobre los hombres”, p. 193.

<sup>126</sup> Para una aproximación a la cuestión de la letargia y su importancia para la teoría política ver ROIZ, *La recuperación del buen juicio*, pp. 325 y ss.